

NUEVAS PÉRDIDAS DE PATRIMONIO INDUSTRIAL EN LA CIUDAD DE ZARAGOZA

PILAR BIEL IBÁÑEZ *

Como un verano muy triste recordaremos este de 1998 todos aquellos que estamos interesados en el patrimonio industrial. Sin tiempo para poder reaccionar, sin saber muy bien porqué ahora, se derribaron dos de los monumentos más importantes de arquitectura industrial que conservaba la ciudad de Zaragoza, y por lo tanto la Comunidad Autónoma de Aragón. La *Nueva Harinera de Juan Solans* y las naves de *Maquinista y Fundiciones del Ebro*, desaparecieron en unas semanas, dejándonos a todos los zaragozanos y aragoneses sin unos testimonios valiosísimos para comprender la ciudad de Zaragoza y la historia más reciente de Aragón.

Volver de nuevo a insistir en la necesidad de un tratamiento equivalente del patrimonio industrial con respecto al histórico nos parece reiterativo, por lo obvio. ¿Hay alguna diferencia entre las viejas iglesias del prerrománico aragonés y los viejos molinos del tipo que sean?, ¿Es que acaso no tienen el mismo valor histórico los palacios renacentistas de Zaragoza y las fábricas que se levantaron a lo largo del siglo XIX y principios del XX, para comprender la evolución de la ciudad en sus diversos aspectos?

Los restos industriales, ya sean máquinas ya sean edificios, se deben conservar para comprender la evolución de unos siglos en los que se empezó a vivir aceleradamente. Esto se ha comprendido en otras zonas de Europa y de España. Desde Gran Bretaña, pionera en la preservación de los restos de las sucesivas revoluciones industriales, hasta Cataluña, un ejemplo cercano a Aragón, donde gracias a largos años de trabajo y un plan museístico, pueden disfrutar en la actualidad de una red de museos industriales y conocer los procesos de transformación de los principales sectores de la industria catalana.

En Aragón, ciegos ante lo que tenemos a nuestro alrededor, y ante la falta de una política de conservación del patrimonio y de un plan de museos, se opta por lo más fácil derribar, sin importar que derribamos. Desde nuestro punto de vista el primer paso a dar es conocer lo que tenemos, para poder esgrimir criterios objetivos a la hora de decidir que

* Profesora Asociada del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza. Investiga sobre arquitectura industrial en Aragón.



Fig. 1. Conjunto de la Harinera Solans, agosto de 1996. (Foto: Carlos Colás).



Fig. 2. Los almacenes de la Harinera Solans, agosto de 1998. (Foto: Eduardo Laborda).



Fig. 3. Estado actual de los almacenes de Harinas Solans, agosto de 1998. (Foto: Eduardo Laborda).



Fig. 4. Conjunto de Maquinista y Fundiciones del Ebro, agosto de 1996. (Foto: Carlos Colás).

se conserva y que desaparece, por que no todo se puede conservar. Por lo tanto, urge la realización de un catálogo de los restos industriales de la Comunidad Autónoma, que recoja los inmuebles, las máquinas y todo tipo de material generado a lo largo de estos dos siglos de industrialización en Aragón. Con el catálogo como instrumento de trabajo se podrán definir objetivos, seleccionar los inmuebles y los objetos a preservar y por lo tanto trazar las líneas generales para dedicar estos inmuebles a posibles usos, tanto museísticos como de otra naturaleza. Ya es hora que Aragón disfrute de un museo de la Ciencia y de la Técnica o que colecciones tan importantes como la de bomberos (veinte años llevamos esperando el Museo del Fuego, que ahora parece va a ser una realidad) y la de la Escuela de Ingeniería tengan espacios adecuados.

La Harinera Solans era en sí mismo un museo de la harina. Este inmueble de principios de siglo, levantado concretamente en 1910, albergaba una instalación de molinos y diversa maquinaria que causaron admiración en la Zaragoza de su tiempo. Además de esta riqueza tecnológica, la *Harinera Solans* sobresalía por su calidad arquitectónica. El edificio, perfectamente adaptado a su función industrial, presentaba una calidad estética que muy pocas fábricas coetáneas alcanzaron. Junto al lenguaje del ladrillo acompañado de detalles cerámicos en sus fachadas, encontrábamos en su interior un magnífico esqueleto de columnas de hierro, tarimas de madera y cubiertas metálicas. Como complemento de este cuerpo principal, tres naves de muros de ladrillo y cerchas metálicas, donde sus fachadas mostraban la calidad del arquitecto que las diseñó, Miguel Ángel Navarro. La Harinera y las fachadas de las naves fueron derribadas rápidamente, sin embargo, quedó en pie el silo, una obra de los años veinte, de paredes blancas y solitaria presencia y una cuarta nave de los años cincuenta, de cubierta curva y muros desornamentados. Nos preguntamos por que se actuó con tanta rapidez y precisamente en el conjunto de edificios de mayor valor.

La desaparición de *Maquinista y Fundiciones del Ebro*, la empresa que Bressel fundó en 1917, había sido anunciada hacía algún tiempo. No sorprendió ver las máquinas entrando en estas naves y proceder a su derribo. *Maquinista* no podía permanecer intacta, no dudábamos que debían derribarse parte de sus instalaciones. Se optó por conservar la vieja carpintería con fachada a la Avenida de Cataluña, un edificio en ladrillo, que posteriormente funcionó como oficina administrativa y técnica de la empresa y, finalmente, como sede de Diario 16. Sin embargo, nos llenó de desazón observar como caía la nueva carpintería. Un edificio de cinco pisos, el más alto del barrio del Arrabal durante muchos años y el que con su sirena organizaba la vida del mismo. Este edificio de hormigón armado y líneas racionalistas, se había convertido en un



Fig. 5. La Maquinista en fase de derribo, agosto de 1998. (Foto: Eduardo Laborda).



Fig. 6. Bloques de viviendas que se construyen en los solares de las viejas fábricas, diciembre de 1998. (Foto: Carlos Colás).

símbolo del Arrabal, era la imagen más elocuente de su función como barrio industrial.

El Arrabal, barrio maltratado a lo largo de su historia, está siendo despojado de la misma ante la pasividad de todos. Un urbanismo mastodóntico sustituye las fábricas que en su día fueron el motor de la ciudad. Y la personalidad del barrio obrero, las chimeneas y las naves poco a poco van siendo devoradas por inmensos bloques de viviendas, unos junto a otros, sin apenas espacios verdes, sin equipamientos. Zaragoza se desprende de su historia más reciente, empobrece su patrimonio histórico y sus barrios periféricos crecen todos iguales, sin identidad propia pero, eso sí, con grandes avenidas por donde los vehículos circulan sin dificultad.